

Teniendo este punto de vista no se puede negar a Herodes el título de Grande, que muchas veces se le ha dado. Como esplendor, igualó su reinado al de Salomón: le domina algo amplio y liberal; le guió un auténtico sentimiento de civilización. No era un judío: prefería la moda, lo que entonces estaba en moda, la vida griega con sus elegancias y sus refinamientos. Sus edificios recordaban las obras antiguas más bellas. Es inconcebible que un Estado pequeño fuera capaz de tales prodigios, sobre todo cuando se sabe que para seguir tal camino Herodes tenía que batallar con las ideas más estrechas. Una mayoría inflexible de viejos atrasados se negó, como en tiempos de Antíoco Epifanio, a abandonar las antiguas costumbres y a abrazar el helenismo. Herodes parece una especie de kedive ilustrado, protegiendo artes que sus súbditos no entienden. El agradecimiento de Augusto fue el primer móvil de aquellas innovaciones tan apartadas de los gustos judíos. Casi todas las provincias instituyeron el año 27 juegos quinquenales en honor de

Augusto. Herodes improvisó el teatro, anfiteatro e hipódromo, necesarios para ello. Jerusalén tuvo en pocos meses los edificios contra los que había protestado enérgicamente ciento cincuenta años antes.

Los juegos quinquenales se desarrollaron espléndidamente. Herodes los había mandado anunciar en todos los países próximos. Acudió a ellos muchísima gente, sin distinción de razas ni religiones. Hubo concursos de atletas y músicos, y luchas de fieras, en las cuales pobres condenados a muerte fueron entregados a las bestias feroces, que eran raras y carísimas; pero lo que en otras partes excitaba el entusiasmo de las muchedumbres fue acogido con indignación en Jerusalén. Los fariseos protestaron, declarando horrible que se buscara placer en los peligros que corrían los desdichados. Parecíanles trastornadas las antiguas costumbres, pero no había forma de resistir, pues el menor insulto se castigaba con la muerte.

El arte de la construcción estaba en tiempo de Augusto en uno de sus mejores momentos, y Palestina, por el mismo subsuelo de Jerusalén, ofrecía materiales de primera. Herodes tuvo a su disposición arquitectos excelentes y una población de obreros extraños a Israel.

Existió lo que se puede llamar un estilo herodiano, parecido en su aspecto general al dórico, sobre todo en Jerusalén, caracterizado en Palestina por el monotilismo y el empleo de magníficos materiales, y en otras partes por el empleo de columnas de granito, pórfido, sienita y mármoles procedentes de Egipto.

El culto de Augusto era la religión principal en provincias. Los templos de Roma y Augusto crecían por todas partes. Herodes mandó construir por su cuenta cinco o seis, que eran muy hermosos, pero no se atrevió a levantar ninguno en Jerusalén. Edificó en la capital un palacio que pareció una maravilla. Prohibidas la pintura y la escultura, Jerusalén no se prestaba a un arte completo, pero Herodes las suplió con la delicadeza del trabajo del mármol y una fina policromía. Sus parques eran deliciosos, y las fortificaciones macizas que le rodeaban servían también para la defensa del Acra. Jericó debió indudablemente a Herodes su anfiteatro y su hipódromo.

Reconstruyó igualmente la vieja torre de Baris que dominaba al templo y la llamó Antonio en recuerdo de su antiguo protector.

Una vez se liberaron las ciudades de Fenicia del espectro negro del judaísmo, que amenazaba devorarlas, parecieron revivir, y Herodes las colmó de beneficios. Sus dones se extendieron hasta las ciudades de Grecia. Obras suyas fueron el templo de Apolo Pitio, en Rodas, y la gran columnata en la calle principal de Antioquía.

Como oyó que los juegos olímpicos de Grecia resultaban pobres, hizo fundaciones para premios y sacrificios, lo cual le valió el título de agnoteta perpetuo. Llamaba la atención que el dinero judío se aplicara a fines profanos. El Estado, con el mecanismo del impuesto, hace que el contribuyente coadyuve a obras que le son indiferentes y hasta antipáticas.

Más sólida, para los judíos sensatos, fue la gloria que alcanzó como creador de ciudades nuevas. Hizo de Samaria una población espléndida, llamándola Sebasto, del nombre griego de Augusta. Aumentó

mucho su perímetro e instaló en ella seis mil colonos, soldados viejos y habitantes de las cercanías.

Más hermosa fue su creación de Cesárea. El puerto de Joppe era muy malo. Palestina necesitaba uno bueno que le dispensara de ser tributaria de Acre para comunicar con Occidente. Pareció ventajoso a Herodes el emplazamiento de la torre de Estrabón, y empezó por levantar allí un templo de Roma o de Augusto, muy hermoso, y cuyas columnas admira aún hoy quien las ve en la *Piazzetta* de Venecia.

El muelle del puerto fue obra maestra de construcción por la perfección del trabajo, las dificultades vencidas, lo selecto de los materiales y los refinamientos de comodidad que ofrecía a la gente de mar. Quiso que la población de Cesárea estuviera compuesta por mitad de judíos y paganos, en plena libertad, viviendo cada cual según su ley. Pero el judío palestino no podía vivir sin reinar sobre sus vecinos. La vida social en Cesárea fue imposible: las riñas eran continuas y horribles las matanzas. Desde fines del siglo I el elemento pagano dominó absolutamente.

En segundo lugar Herodes demostró su agradecimiento a Agripa. De sus dos salones del palacio real de Jerusalén, se llamó uno salón de César y el otro salón de Agripa, y Anthedon recibió el nombre de Agripium o Agrippias. También se encuentran recuerdos del padre, madre y hermanos de Herodes en varios nombres dados a poblaciones y ciudadelas, y dio su nombre propio a Herodium, quinta soberbiamente fortificada que mandó construir en una colina aislada, a una legua al SE de Belén.

Otras disposiciones excelentes recomiendan a Herodes a los que saben apreciar un buen gobierno. Terminó con el bandolerismo en los parajes al Este del lago de Jenezareth, estableciendo colonias de idumeos y judíos babilonios. Puso colonias militares en Gaba, Galilea y Hesebón. Florecían el comercio y la industria y más de una vez el rey realizó actos inspirados en un sentimiento liberal.

Vencía en todas partes el helenismo. Alejandro y Aristóbulo, hijos de Herodes y Mariana, se educaban en Roma desde el año 23. Vivían en casa de Asinio Polión y visitaban la de Augusto. Duró aquello cinco o seis años, y pudieron conocer a Virgilio y Horacio. Los retóricos griegos abundaban en Jerusalén. El círculo literario de Herodes era totalmente helénico. Allí se enseñaba la filosofía peripatética, sin hacer ningún esfuerzo para poner en acuerdo la ciencia griega con las enseñanzas de la *Thora*.

Nicolás de Damasco fue la gran figura en aquella especie de academia. Era hombre vanidoso, pero muy instruido, procedente de una gran familia de Damasco, profundamente versado en la filosofía peripatética. Fue consejero íntimo de Herodes durante los diez o quince últimos años de su vida, y le enseñó la filosofía griega, retórica e historia. Sirvió a su señor en las negociaciones más importantes y continuó en sus funciones cerca de Arquelao. El mayor servicio prestado a Herodes fue escribir una *Historia universal* de 144 libros, en la que habla de los tiempos contemporáneos con gran extensión. A él le debemos conocer bien la vida de Herodes, pues Josefo no hizo más que extractarla, modificando sus apreciaciones, aunque sin suprimir las adulaciones exageradas.

Tolomeo, hermano de Nicolás, tuvo una situación importante en la

corte del rey. Andrómaco y Gemelo eran dos griegos distinguidos, que participaron en la educación de sus hijos y cayeron en desgracia a consecuencia de disturbios domésticos. Declaraba el rey que tenía más inclinación a los griegos que a los judíos. El recuerdo de la conversación forzada de su abuelo y el sentimiento del ridículo en que le ponía su circuncisión a los ojos de los griegos y los romanos, hacían para él del judaísmo una capa de plomo que llevaba con impaciencia y oculta indignación.

Muy buenas seguían siendo sus relaciones con Roma. Herodes no dejó de procurarse el favor de Augusto hasta el fin. La posición de un *rex amicus alque socius* no siempre era cómoda, pues muchos reyes, fuera de su reino, especialmente en Roma, tenían que pasar muy malos ratos. Despojados de la púrpura o de la diadema, no eran más que simples clientes. En Roma no se les apreciaba nada; pero, en cambio, en sus Estados lo eran todo. Tenían derecho de vida y muerte sobre sus súbditos, y Roma, contenta con su soberanía, no solía entrometerse en sus asuntos interiores. Su poder no era hereditario, y para lograr que lo fuese tenían que someterse a mil bajezas.

Los *reges socii* no podían acuñar moneda de oro, y pocas veces les era permitida la de plata. Herodes nunca acuñó más que de cobre. El año 10, Augusto fue a Siria y Herodes le agasajó mucho. Luego fue él a Roma el año 18 o 17 a ver a sus dos hijos, que se estaban educando allí. Augusto les prometió llevarlos a Judea. Otras dos veces fue a ver a Augusto, los años 12 y 10.

Jamás Herodes fue mal cortesano de Agripa. El año 15 fue éste a Judea, ofreció una hecatombe en el templo de Jerusalén y dio un banquete a los habitantes. La muchedumbre quedó encantada de su devoción y le acompañó hasta el mar, llenándole de flores. El año 14 hizo otra visita a Agripa, cruzando con él toda el Asia Menor. Los judíos de Judea se quejaron a Agripa de que no se les dejaba ejercer su religión, especialmente en el envío de dinero a Jerusalén. Defendidos por Nicolás de Damasco, por encargo de Herodes, ganaron el pleito.

Día a día Herodes aumentaba su poder: sus dominios se acrecentaron mucho. El tirano Zenodoro, que se había buscado al Norte del lago Hulé un dominio bastante extenso, alentaba de un modo deplorable el bandidismo, endémico siempre en tales comarcas. Augusto dio a Herodes la investidura de aquellas provincias, y su reino se extendió así hasta las montañas de Haurán. Herodes comenzó las obras, que hicieron de aquel país una región muy rica, y restableció el orden en Damasco. Herodes obtuvo la tetarquía de Perea para su hermano Feror. Fue en la Siria del Sur el gran agente de la paz romana, mantenedor del orden contra nómadas y bandidos.

A pesar de que el título de rey de los judíos era territorial y no implicaba jurisdicción sobre los judíos de la diáspora, Herodes ejercía cerca de éstos una especie de protectorado, sirviéndoles de defensor o dándoles abogados ante los romanos.

El gobierno de Herodes fue, pues, un hermoso reinado profano. El progreso material era inmenso. Si a Israel le hubiera podido tentar la gloria mundana, habría admirado a aquel rey, circunciso al fin y al cabo, que le

daba todas las prosperidades; pero se había consagrado al ideal religioso, y no hizo más que aborrecerle. Aquellas cosas no tenían nada de nacional, ni las hacía la nación: pasaban sobre la cabeza de Israel sin tocar al auténtico judío. Las obras de Herodes le parecían trabajos sin objeto, o de un egoísta que cree que vivirá siempre. En los gobiernos caros, el pueblo ve el impuesto que paga, y no el resultado obtenido por el impuesto.

Las protestas de los malhumorados pietistas eran reprimidas con severidad. Una policía implacable hacía callar a los murmuradores; se prohibía formar grupos; numerosos espías manifestaban al rey cuanto pasaba. Dos o tres conspiraciones provocadas por los escándalos de los juegos escénicos, por el paganismo de los monumentos públicos o por la formalidad reciente del juramento político, fueron ahogadas en sangre. El valor de las víctimas fue admirable. Formóse un partido de sicarios que ponían sus puñales al servicio de la Ley. Evidente fue la sed de suplicios, como en tiempo de los Macabeos. Las ciudadelas rebosaban de gente, a la que se mataba después de corta detención. Los soldados, todos mercenarios, tracios, germanos o gálatas, herían a mansalva. Apoyado en la autoridad romana Herodes gravitaba sobre este pueblo pequeño con peso infinito. La rabia estaba en los corazones, pero el silencio era absoluto.